

difundirá con su autoridad y con su elocuencia las doctrinas revolucionarias. Tenía Cop un hijo, doctor en medicina como él y como él ardiente apóstol del nuevo cristianismo. Y este hijo, que buscaba con grande actividad los espíritus superiores inclinados al Protestantismo, encontró bien pronto á Calvino y se ligó con él por medio de un afecto entrañable y de una admiración sin límites. Por este tiempo la propensión del rey Francisco á la liga protestante alemana, deja en libertad las nuevas predicaciones religiosas, y esta libertad permite á Calvino el traducir á Séneca, el comentar la Biblia, el unirse con los protestantes de mayor nombre hasta encontrarse amigo de la misma reina Margarita.

Pero pronto, muy pronto debía cambiar esta situación favorable, dada la inconstancia natural de Francisco I y la incertidumbre irremediable de su funesta política. Corrían los tiempos últimos de Clemente VII. El Rey de Francia deseaba unirse con el Papa de Roma para humillar al Emperador de Alemania. Tal idea pugnaba de todo en todo con los intereses de la nación francesa, convirtiéndola por una contradicción natural en implacable y furiosa enemiga de Alemania é Inglaterra y en humilde satélite de España, la cual conducía entonces entre la maravillosa constelación de sus naciones á la misma Italia. Se necesitarán mas de cien años y todos los talentos políticos de Richelieu y de Mazarino para corregir y rectificar este trascendental error del rey Francisco I. Con ánimo de acelerar su plan, el monarca envió á uno de los Estuardos, príncipe de la funesta dinastía que tantas desgracias debía traer sobre la Gran Bretaña y que tantas revoluciones debía provocar por su espíritu ciego y reaccionario. Juan Estuardo tenía una hermana casada con Lorenzo II de Médicis á quien su tío, el Papa Leon X, invistiera con la régia soberanía del ducado de Urbino. No llevaba tres años de reinado despótico Lorenzo, cuando murió, aborrecido de todo su pueblo, no sin dejar una horrible descendencia en su unigénita Catalina de Médicis, horrible y siniestro vástago del despotismo, llamado por estos cálculos de la política francesa y de sus cambios bruscos, á extender su sombra homicida sobre la corona de Francia. Una Médicis, comerciantes ayer apenas, banqueros mas ó menos oscuros, plebeyos de origen; una Médicis, casada con el duque de Orleans, segundo hijo de Francisco I, y en cuyas venas corría la noble y

régia sangre de San Luis y de los Angevinos. Para tragar semejante pócima tan amarga y repugnante á su orgullo, debía pedir Francisco I que á su hijo Enrique, futuro de la plebeya, se le formara un grande Estado italiano compuesto de Parma, Módena, Florencia, Pisa, Liorna, Urbino, Regio, artísticas perlas que formando una corona espléndida, embellecida y esmaltada por clásico recuerdo, podía ofuscar su propia conciencia y ocultarle, á los ojos interiores del alma, la humillación de su deshonor. Clemente VII que no se curaba mucho de cumplir, se curaba menos aun de prometer, y convino en dar tal dote ideal á su joven y afortunada sobrina.

Cárlos V no podía creerlo. Parecíale imposible que la sangre azul de los reyes de Francia se mezclase con la sangre vulgar de los mercaderes de Florencia. Enrique VIII no se maravillaba menos de tal desproporción de casamiento. Pero prendido por las invisibles cadenas del amor y resuelto á casarse á su vez con Ana Bolena, consentía en dar consejos favorables al enlace de su ahijado Enrique de Orleans con la joven Catalina de Médicis, con tal que Clemente VII lo pagase muy caro.

En efecto, éste reunió el sacro colegio y puso en su conocimiento como casaba su sobrina con el hijo segundo de Francisco I, y no solamente la casaba, sino que iba en persona él mismo á conducirla y acompañarla hasta el puerto de Marsella. Bajaron á una la cabeza los cardenales romanos y franceses, pero se irguieron é incomodaron los cardenales españoles. Era el mes de abril del año 1535, y Cárlos V se propuso suscitar al Pontífice todo género de obstáculos para que no consumase tan atrevido proyecto. Si hablaba Clemente de ir en primavera ó en verano, argüíale Cárlos con los calores de una estación y los turbiones de otra, tan nocivos á la salud; si hablaba de ir por tierra y por los Alpes, argüíale con las inquietudes continuas de las ciudades suizas, acaloradas por la revolución religiosa, y las nieves de los altos picachos, prontas á desprenderse con el fragor y peso de sus aludes sobre los incautos viajeros; si hablaba de salir por cualquier puerto, argüíale con las tormentas y con las piraterías de los corsarios berberiscos, capaces de acechar y coger presa tan buena como un vicario de Cristo. Además grandes proyectos políticos embargaban la mente del Emperador, quien estaba resuelto á no dejar en paz al Papa como no convocase el Concilio universal ó



no diese alivio y satisfaccion á las justas quejas de su ilustre tia la reina Catalina, repudiada por su feroz esposo el infame Enrique VIII. Creyendo el Papa que lo mas interesante al Emperador era el asunto de su propia familia, es decir, el asunto de Inglaterra, excomulgó á su rey con el cual tuviera tantas contemplaciones y abrió la eterna cisma.

Tenia ya Clemente las galeras de Roda reunidas para zarpar desde las playas toscanas á las playas provenzales, cuando Carlos acierta á impedirle con maña el embarque pretextando la necesidad de tanta escuadra para combatir y contrastar al Sultan de Constantinopla. En tanto apuro, Clemente, resuelto á todo menos á renunciar al enlace de una sobrina suya con la poderosísima casa de Francia, expide prontamente y sin mas tardanza la jóven Catalina de Médicis á Niza y él en persona corre desalado hácia Marsella. Eran de ver aquellos buques divididos en dos flotas sobre cuyos topes ondeaban unidas las banderas pontificias y francesas, y en cuyas sendas capitanas iba, en la una, rodeado de cardenales y de señores, un Papa decrepito, movido por los aguijones de senil vanidad, y en la otra, una jóven de trece años, hermosa como la serpiente y que decia de continuo á su flotante corte de damas y caballeros, que iba por merced del Dios de los cielos y del Pontífice de los católicos á ser, nada menos que nuera de todo un rey de Francia. Quien la viera, blonda, blanca, riente, si no le miraba los ojos de una magia extrañísima, difícilmente comprenderia cómo en aquella breve niña se guardaba la Locusta infernal que iba con sus venenos á emponzoñar el alma de Europa; la Euménide trágica, que iba con su puñal florentino á herir los corazones mas valerosos y mas enteros; la furia sangrienta que iba con su antorcha devastadora entre las manos á encender la hoguera inquisitorial de una reaccion inmensa y á presidir, coronada de víboras como la Medusa clásica, el holocausto mas sangriento y la matanza mas horrible que han visto los siglos.

Era el mes de octubre de 1533. Las campanas de Marsella tocaban alegres repiques á vuelo tendido; los cañones de los fuertes, en número de trescientos, soltaban atronadoras salvas; las músicas de todas aquellas regiones artísticas acordaban armoniosas sinfonías; las galeras de los diversos puertos salian formando escuadras múltiples, llenas unas de guerreros en cuyas corazas se

quebraba el sol, llenas otras de gentiles hombres que deslumbraban con sus collares, plumajes y brocados, llenas otras de príncipes de la Iglesia con sus cruces de plata al frente, sus incensarios de oro al lado, sus mitras en la cabeza, sus pectorales de pedrería increíble al cuello, para recibir todos, con aclamaciones ruidosísimas y homenajes sin término á la novia, vestida de argénteas gasas, coronada de perlas, envuelta en flores, con la sonrisa en los rosados labios y el fulgor en los grandes ojos, imágen verídica de aquellas sirenas ideadas por la fábula, las cuales atraian á los navegantes con sus reclamos y los despedazaban feroces entre sus garras. Pues con todos sus halagos, con todos sus esplendores, con todas sus gracias, llevaba el maquiavelismo averiado á la política régia, el alimento á las hogueras voraces, la doblez de su gente á la gobernacion de su Estado, el furor supersticioso á las guerras de religion, la triste astrología de los tiempos mágicos y quirománticos á la nueva ciencia, el fanatismo á su fe, la muerte á su marido, el vicio á sus hijos, el horror de las matanzas á Paris, y la sombra letal de su nefasto nombre á la historia. Bajo tales auspicios y en tan triste ocasion Calvino siente los asaltos de la nueva fe religiosa y la necesidad del apostolado y de la propaganda. No hay, pues, necesidad alguna de aseverar cuántas persecuciones le aguardan, los rayos que vibran sobre su cabeza, los abismos que se abren á sus piés. Alma poco efusiva, corazon cerrado á los sentimientos afectuosos que toda gran propaganda exige, revelará el fondo de su alma indirectamente, con cierto sigilo y cierta cautela, como quien rehuye los combates, no por su peligro sino por su estruendo; pero en cambio tendrá un sentido moral tan claro, unas aptitudes para la organizacion tan grandes, un espíritu y un entendimiento tan vivos, que producirá el elemento no producido, á pesar de sus inspiraciones, ni por Francisco de Asís, ni por Juan Huss, ni por Jerónimo Savonarola, el Cristianismo de la libertad, de la democracia y de la República.